



Visita regia

Se anuncia oficialmente ya para dentro de cinco días, para el sábado 7, la venida de su majestad el rey a esta ciudad de Salamanca. Su segunda venida acá. La primera fué a la apertura del curso de 1904, hace diez y ocho años. Y en esta primera aguantó tres discursos—uno del que estas líneas escribe ahora—y no pronunció ninguno.

La ciudad se apresta, para recibir y agasajar al monarca, a derroche de percalina material y de percalina espiritual, de toda clase de trapos y de troyas flotantes al viento. Va a endomingarse y engalanarse, es decir, a disfrazarse. Y malo será que no se les ocurra a los hombres festivos encubrir la noble desnudez de algunas viejas piedras doradas por soles de siglos para que los reyes no vean la ciudad en su aire diario. Por de pronto se está levantando un arco—no sabemos si de triunfo—de cemento y de estilo dicen que del Renacimiento. Pero Renacimiento de cemento. Y flanquean las calles del tránsito con unas filas de palitroques embadurnados con tomate. La cosa es arlequinarse a la ciudad.

Pero hay otros preparativos, y es el aumento de cuadrilleros del Santo Oficio y la llegada de Policía central o de la corte. Que no conoce ¡claro! a la gente de esta ciudad, pacífica y sosegada y paciente de suyo. Y eso que nuestra Policía es capaz de sacar de paciencia a un cartujo.

Esos sabuesos que han venido de fuera tienen que justificar y avalorar de cualquier manera su venida, y han empezado ya a hacer de las suyas. Se han dirigido a honrados y pacíficos menestrales de ésta, conocidos de todo el mundo, probados amigos nuestros, diciéndoles si no saben que van a llegar los reyes e invitándoles a que se vayan de la ciudad esos días, si es que no quieren que se les meta, como quincenarios sin duda, a la moda de la corte, en la cárcel. Les hemos aconsejado que no se muevan de aquí.

Ese desatinado ataque a los derechos del ciudadano no ha podido salir ni de la Policía ni de las autoridades de aquí, que conocen de sobra a esos honrados menestrales. Eso procede acaso de alguna lista de "sospechosos" que se le ha procurado a la Policía central. Y esa lista pueden haberla procurado ciertos majaderos vividores que aquí residen y asientan

sus reales y a los que por ostentar cargos y haberse matriculado para idóneos hay que hacer caso. Que ya en otra ocasión uno de esos pobres diablos, atacado de manía persecutoria y a quien los dedos se le antojaban bolcheviques y dinamiteros, hizo hacer el ridículo a un gobernador civil cervuno.

Esa es la manera, esa, de que aumenten los fervorosos de la monarquía y de que amengüe el número de los descontentos y desesperados, de los hambrientos de justicia, que cada día es mayor bajo el actual régimen de ceguera policíaca y represiva del reino.

Está visto, señor, que el rey no puede recorrer en salvo su reino como no sea escoltado por una legión de cuadrilleros y de jenízaros y rodeado de sabuesos sin olfato.

Vendrá su majestad el rey a Salamanca y no verá Salamanca, no podrá verla. Y menos sentirá el color de las almas que aquí haya. El festejo muchedumbroso que se le prepara es una corrida de toros. En la plaza de toros de esta ciudad caben unos miles de cuerpos. Y no faltará percalina.

¿Qué resultará de esta visita? Lo que de todas las de la misma laya. Por de pronto hay que oír, como les hemos oído, a esos honrados y pacíficos artesanos a quienes, no sabemos si para dar más brillantez al acto o si para justificar la venida de los sabuesos de Millán de Priego, se les quiere someter al socorrido método de las quincenas.

Pero hay algo más grave, y es que entre tanto a quien se le lleva preso es al rey; preso de la escolta de cuadrilleros y de sabuesos y mastines. Eso no es protegerle; eso es apresarle. Por lo cual nos explicamos que aproveche cuantas coyunturas se le deparen de salir de este reino su cárcel, e ir a correr territorios libres como el de Deauville, que es uno de los más libres. Allí no hay cuadrilleros españoles; allí no hay sabuesos de Millán de Priego. Allí hay, en cambio, damiselas sueltas.

Ofrecemos informar a nuestro público acerca de lo que ocurra con este despliegue de oriflamas de las dos clases de percalina y palitroques entomatados, jeroglíficos de frivolidad y de fruslería.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA